

estilo incomparable este poemita, aunque no llega en fuerza é interés á *El amor ó la muerte*.

Y basta ya.

Concluyo esta serie de interminables artículos, felicitando con toda el alma á nuestros dos poetas... en activo. ¡Bravo, D. Gaspar! ¡Bravo, D. Ramón! ¡Bravísimo!



## TORMENTO

NOVELA ORIGINAL DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

### I

**D**EPLORABLE fuera que las polémicas literarias entre los críticos llegaran á apasionar los ánimos hasta el punto de no reconocer los de una escuela el mérito de las obras de cuantos escriben guiándose, más ó menos, por los cánones de la contraria.

Síntomas se notan de este mal, y sería una triste gracia que nuestros pocos literatos buenos padeciesen esta nueva injusticia, después de tantas como sufren con paciencia evangélica. Bastante es que la literatura no dé de comer á los más concienzudos escritores; que el público aplauda lo mismo, y más á veces, á un aficionado que á un maestro; que los periódicos, que copian comedias enteras, no hablen apenas de los libros nuevos; y

no hay para qué añadir á este calvario los ultrajes del apasionamiento.

Porque se ha dicho que Pérez Galdós representa en nuestra novela la tendencia que se llama con nombre exacto, pero mal entendido muchas veces, naturalista, ya se creen algunos críticos obligados á tratarle con menos consideración que cuando nadie hablaba en España de tal escuela.

Yo creo firmemente que Galdós, Pereda y Emilia Pardo de Bazán son, cada cual á su modo, y con original inspiración, y más ó menos, naturalistas, sobre todo en sus obras más recientes; y esto quieran ellos ó no, díganlo ó no; porque el naturalismo en la novela no es un propósito principalmente, es un resultado.

No basta decir «voy á ser naturalista», hace falta que, en efecto, el libro lo sea. Por eso el Sr. Navarrete, por ejemplo, tiene tanto de naturalista como de maniqueo; no basta que tenga la intención de serlo, que publique novelas con planos; su *María de los Angeles* no es más naturalista ni menos idealista que *La mujer adúltera*, de Pérez Escrich, ó el *Luis Candelas* del Sr. Cantón.

Por eso también es peregrina la idea de llamar naturalistas del teatro á los Sres. Echegaray, Sellés y Cano. Esto, sin embargo, lo ha dicho hace pocos días un crítico notable, de la clase de los instruídos (que también los hay de la otra.) El Sr. Echegaray

no sólo no es naturalista, sino que nunca ha querido serlo ni lo será. Será siempre un gran romántico, un idealista que aplaudiremos todos, á pesar de sus incorrecciones, porque en él hay un poco de eso que ahora los gacetilleros reparten entre la turba multa: un poco de genio. El Sr. Echegaray es un gran poeta, aunque sus versos no siempre son correctos; el Sr. Echegaray es hoy el único poeta dramático de grandes vuelos (1), el sucesor digno de los García Gutiérrez, Rivas y Hartzbusch; pero no es naturalista, ni puede serlo. El Sr. Sellés es un escritor de mucho talento, que tiene la noble ambición de introducir en nuestro teatro reformas que le acerquen á la realidad; que sabe prescindir, con abnegación muy rara, de las dotes brillantes con que puede entusiasmar á un público español, mediante situaciones dramáticas fuertes, atrevidas y llenas de pasión, versos de acero y conceptos ricos de idea (aunque inoportunos á veces en la ocasión en que se dicen); el Sr. Sellés es un verdadero autor dramático que ha escrito una joya literaria, *El mudo gordiano*, por el cánón antiguo, y que pensando más en el arte que en su gloria (y su pan), tantea nuevos procedimientos, aunque escogiendo, á mi entender, modelos poco útiles para su propósito. Pero el señor

(1) Tamayo no hace dramas nuevos.

Sellés tampoco es naturalista, hasta ahora á lo menos.

Y en cuanto al Sr. Cano es un pundonoroso militar que escribe para el teatro dramas menos que medianos, que aplaude un público digno de Comella en ocasiones. Esto que yo digo con tanta claridad lo piensan (además de los Sres. Cañete y Llorente que lo han puesto en letras de molde), muchos literatos que lo dicen de palabra y en cartas privadas, de las cuales tengo yo algunas, y no de las autoridades menos respetables. ¿Qué tiene que ver el Sr. Cano con el naturalismo? Lo mismo que el Sr. Navarrete. Es preciso insistir en esta idea. Quien sepa lo que el naturalismo significa, no llamará naturalista á un autor, porque el autor quiera serlo y nada más. No es esto como hacerse izquierdista y después ministerial, y ganar un distrito

Por asalto como tú...

En la crítica es donde cabe esta división de escuelas ó tendencias *á priori*; á los críticos maltratados por naturalistas, si tanto pecan con serlo, más no toquéis á los autores. Pérez Galdós es el escritor más popular de España, pero si se cree que es naturalista, que por consiguiente, todo se vuelve lodo y mala educación, pesimismo y materialismo grosero, ¡adiós popularidad!

Así como los franceses no están preparados todavía para las corridas de toros, los españoles no estamos preparados «para el grosero naturalismo», y si algo de esto se ha visto ya hace siglos en nuestra tierra ha sido como dice un crítico, en obras picarescas, de pura broma, como *Don Quijote de la Mancha*, *El Buscón*, *La Celestina*, *Amar por señas*, etc.; pero *no ni nunca* (estilo parlamentario), en obras serias, como por ejemplo, el *Informe sobre la Ley Agraria*, *La Novísima Recopilación* y... el *Acueducto de Segovia*, que nada tienen de naturalistas, sobre todo, el acueducto.

Y perdóneme el crítico á quien aludo si sigo tratando en broma de los ataques que en España se dirigen á la moderna forma literaria. Por ahora, y sin perjuicio, no hay razón para proceder de otro modo. ¿Tomar en serio lo poco y manoseado que ustedes dicen contra el naturalismo? ¡Eso si que tendría gracia! Se exceptúa lo que ha escrito González Serrano en son de relativa censura, y lo que acaba de escribir M. Pelayo en el Prólogo á las *Obras completas* de Pereda. Ambos merecen mucha atención, serio estudio y refutación... relativa.

Lo que es muy serio, porque no se trata de abstracciones, sino de escritores de carne y hueso, es el propósito de echar un sambenito sobre todos los que escriben fuera de las reglas convencionales tomadas de una pseudo-filosofía estética, vacía,

sentimental, que es más francesa que ese naturalismo á quien se acusa de galicano.

Poco importa que ustedes sepan ó no que á Cousin le engendró una abstracción; que Cousin engendró á Levecque—*flatus vocis*,—Sarcey, Brunetière, Cherbuliez, etc., etc., y que este es el idealismo que ustedes nos dan como *Platón visto filosofar*; lo que importa es que á Galdós y á Pereda, y á Emilia Pardo Bazán, y á cuantos en adelante escriban con tendencias realistas, más ó menos claras, los traten como al prójimo se trata, y no como á bestias del Apocalipsis. Así como nosotros perdonamos á Echeagaray, á Alarcón, á Valera, á tantos otros, su idealismo, que es gloria de las letras españolas, como puede serlo el realismo de los otros. Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad... y de ingenio. Y guerra á los tontos de todas las escuelas.

## II

Una de las ventajas del modo de entender la literatura que va dominando, es que aun los autores que no han inventado procedimientos, sino que siguen, en lo general, los de otros, lo hacen sin imitar, con originalidad en la observación y en las otras cualidades principales puramente artísticas. Así Eça de Queiroz, en Portugal, en su *Primo Bazilio*, principalmente, sin dejar de ser quien es, sigue á Flaubert y á Zola, y se revela sin embargo como escritor de robusto ingenio, sólido, profundo. Para pintar la *burguesa* de Lisboa (*lisboeta*), no copia el tipo extranjero, ni menos el país; no sale de su pueblo, lo que conoce de veras. Así, Galdós, que sin compromiso alguno anterior, por la fuerza de la convicción tan sólo, fué penetrando poco á poco y á su manera en la nueva retórica (lo que es principalmente el naturalismo, una retórica), supo hacerlo con toda independencia, y sin necesidad de insultar á Zola ni á nadie, quedándose tan original como era antes de escribir *La Desheredada*. Galdós no imita á nadie; Galdós no sigue á nadie; no es naturalista *á priori*... resulta na-

turalista, que es lo mejor y lo que importa, tratándose de quien escribe novelas y no crítica. No se olvide nunca esta distinción.

Yo, que me esforzaré en hacer ver á Menéndez Pelayo que está más cerca de nosotros que de los otros (?) nunca pediré su adhesión en regla á Pareda ni á Galdós, porque éstos trabajan de otra manera por la literatura del tiempo (la del tiempo, la oportuna, no se olvide tampoco; no se pretende otra cosa).

*El Doctor Centeno*, novela en dos tomos, era la primera de una serie, y *Tormento* es el *episodio* que sigue. Así como Galdós estudió, de otro modo, por felices conjeturas y algunos datos históricos, la vida de nuestros abuelos y un poco la de nuestros padres, ahora comienza el estudio—en el sentido en que el arte puede estudiar—de la sociedad española de nuestros días. Así hay que entender, para entenderlas bien, estas dos novelas últimas del autor insigne de *Gloria*.

Galdós, en esta nueva serie, procura, aún más que en las de sus *Episodios nacionales*, imitar el movimiento natural de la vida, tanto individual como social. Este punto de la *nueva retórica*, que tiene más claro abolengo en nuestra literatura patria que otros del naturalismo, suelen olvidarlo, muchos autores que se tienen por realistas. En Francia, Zola es el que cuida mejor de esto que tanto im-

porta para el efecto de realidad, de esto que se podría llamar—si no sobraran ya los términos pedantescos—la *morfología* de la novela, asunto que se relaciona mucho con lo que suele llamarse la *composición* y algo con lo que el mismo Zola llama la *experimentación*. Uno de los principales méritos de *La Desheredada* en este cuidado consiste, y el secreto del efecto intenso de verdad de obras como *Gil Blas* y en alguna parte del *Quijote*, no es otro. Pero es el caso que para conseguir algo de provecho en tal materia, el autor tiene que tomarse mucho espacio, y de ahí que Balzac haya cosido unos á otros sus lienzos, y que Zola escriba la historia de toda una familia en muchos tomos. Galdós, que se encontraba con vuelos para otro tanto, para copiar la vida de tamaño natural, de una en otra ha venido á parar en una nueva serie que empieza en *El Doctor Centeno* y no se sabe donde parará. La vida es así; ó se toma un pedazo de ella ó se la retrata toda entera... que es precisamente lo que están haciendo los siglos en toda su historia literaria. Un autor que cita Stendhal ha dicho que una novela es un espejo *qu'on promenne le long d'un chemin*. Esto es verdad, aunque parezca una herejía contra el arte, mal comprendido y vagamente explicado, de la composición. No cabe negar que en la naturaleza misma hay *rincones* que parece que están solos; suelen ser el escenario de un idilio; un aislamiento aparente;

con estos *rincones* (ya de paisaje, ya sociales), se pueden hacer cuadritos de hermoso conjunto; pero cuando no se trata de ellos sino de lo que viene de todas partes y va á todas partes, de lo que no empieza ni acaba allí ni aquí precisamente, el arte mal llamado entonces de la composición suele ser una mutilación sangrienta.

Al respeto de las formas de la vida social debe Pérez Galdós que algunos lectores hayan creído inferior su *Doctor Centeno* á otros libros que les parecen «más acabados».

Un crítico decía que no le gustaban estas novelas que no tienen pies ni cabeza. Usando la frase en el sentido vulgar en que la figura indica que se trata de algo sin sentido, disparatado, confuso, irracional, etc., el crítico tiene razón: las novelas así no pueden gustar; pero si se trata de algo parecido á lo que en el teatro llaman exposición, enlace y desenlace, á ese artificial principio, medio y fin de cierto arte (muy hermoso, muy legítimo, pero insuficiente) que se nos quiere dar como eterno modelo, entonces al crítico se le puede recordar que la esfera tampoco tiene pies ni cabeza, ni los tiene la bóveda estrellada; y que obligar á todas las cosas á empezar por una cabeza y acabar por unos pies, es un capricho como el de figurarse á Dios con barbas. ¿Por qué no ha de ser obra de arte, y armónica, y todo eso que ustedes dicen, una novela

que no empieza por el huevo de Leda ni acaba con el sepelio del protagonista? Porque en las corridas de toros la última suerte es la de la espada, ¿ha de suceder en todo lo mismo?

Demuestren ustedes una vez siquiera que no puede haber arte y armonía, y líneas griegas, y todo eso que ustedes piden, en obras que copian un pedazo de la realidad sin pretender hacer *microcosmos*, ni representar en una acción *cerrada sobre sí misma, todo un orden de ideas*.

Se puede creer en la armonía de las esferas, sin pensar que siguen en su curso al cantar los himnos que oía Pitágoras, un compás de compasillo. ¡Señores, un poco de formalidad!

*La Iliada* (y bien sabe Dios que me pesa hacer esta clase de comparaciones) empieza por una reyerta entre Aquiles y Agamenón y acaba con los funerales de Héctor, que no es el protagonista.

Y á nadie se le ocurre pedir *otro toro*, otro canto á *La Iliada*; y ni siquiera se lo ha puesto el Sr. Albornoz, gran añadidor de poemas.

Otra graciosa preocupación que ha salido á cuento con motivo de la última novela de Pérez Galdós, es la del protagonista.

«En toda novela, se ha dicho, ha de haber un protagonista, alrededor del cual se muevan las demás figuras secundarias, sin robarle luz, sin os-